

## IDEOLOGÍA Y ECUMENISMO

*Fernando Moreno Valencia*  
*Profesor*  
*Universidad Gabriela Mistral*

No hay duda que más allá de la justa exhortación eclesial al diálogo y a la unidad de lo cristianos, se ha llegado a forjar una verdadera **ideología** ecumenista y *a fortiori*, a reducir al Papa a no ser sino un mero agente promocional de los “principios” inherentes a aquella. En este cometido –a menudo eclesiástico y clerical, pero de ninguna manera **eclesial**– se ha recurrido a la instrumentalización de enunciados extractados de la encíclica *Ut unum sint* (1995), ignorando (de manera ciertamente interesada) los principios fundamentales enunciados por esta misma encíclica, así como la propia referencia a la posterior Instrucción de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, *Dominus Iesus* (ratificada, confirmada y ordenada publicar por el Papa mismo) (6-VIII- 2000). Y es que, en este reciente documento del Magisterio eclesial, como en lo que frecuentemente se omite de dicha encíclica, se nos recuerda, en sus principios, la verdad de la que la Iglesia es depositaria y pregonera; lo cual es **condición** del justo diálogo, y **causa** de la **unidad** verdadera propugnada por la Iglesia.

Ahora bien, si se considera el impulso, y la calidad de la “energía” (Dostoiewsky) que anima a los agentes del ecumenismo ideológico, se entiende (pero no se justifica) la omisión y aún el rechazo de la doctrina de la fe enunciada por la encíclica *Ut unum sint*, y por la Instrucción *Dominus Iesus*. Con el último Concilio, se recuerda, en esta última, que la Iglesia Católica “es la única Iglesia de Cristo... (quien) la erigió para siempre como ‘columna y fundamento de la verdad’ (Tim. 3, 15)” (IV – 16). Así, “los fieles **están obligados a profesar** que existe una continuidad histórica – radicada en la sucesión apostólica– entre la Iglesia fundada por Cristo y la Iglesia católica” (id). Por su parte, la encíclica antes referida precisa que, en el diálogo ecuménico, “no se trata de modificar el depósito de la fe, de cambiar el significado de los

dogmas, de suprimir en ellos palabras esenciales, de adaptar la verdad a los gustos de una época, de quitar ciertos artículos del **Credo** con el falso pretexto de que ya no son comprensibles hoy. La unidad querida por Dios sólo se puede realizar en la adhesión común al contenido íntegro de la fe revelada" (Nº18).

En todo esto, el Magisterio auténtico (y universal) de la Iglesia, no ignora que "la búsqueda de la unidad de los cristianos no es un hecho facultativo o de oportunidad, sino una exigencia que nace de la misma naturaleza de la comunidad cristiana" (*Ut Unum sint*, 49). Más aún, con el Segundo Concilio Vaticano, insiste en que "fuera de la estructura visible" de "la única Iglesia de Cristo", "pueden encontrarse muchos elementos de santificación y de verdad..." (*Dominus Iesus*, IV, 16).

Esta doctrina (que no es sino la doctrina de la Iglesia), a la vez que vuelve a ubicar en su justa orientación el diálogo ecuménico, denuncia la pretensión ideológica de una falsa unidad; de una unidad promovida a costa de la verdad, y a costa del ser y de la misión específica de la Iglesia del Verbo encarnado (Journet). Esta, de acuerdo a la ideología ecumenista en boga, debiera asumir su parcialidad particular, e integrarse en pie de igualdad con las otras denominaciones cristianas, como una mera vía más en el camino de la "salvación" de la humanidad. La paridad de la oferta ("salvífica"), se complementa aquí con la relatividad de la vía. Al mismo tiempo, lo que Jesús nos dice ser arduo y difícil de lograr, los ideólogos del ecumenismo lo hacen fácil, y nos aseguran su logro casi automático; al menos para los que han sido, por esos mismos agentes, privilegiados en la elección. Es decir, los materialmente pobres y los afectuosamente "solidarios". Esta oferta, a la vez seductora y mentirosa, se expresa en "algunos proyectos teológicos, en los cuales la revelación cristiana y el misterio de Jesucristo y de la Iglesia, pierden su carácter de verdad absoluta y de universalidad salvífica, o al menos se arroja sobre ellos la sombra de la duda y de la inseguridad" (*Dominus Iesus*, Introd. 4).